

*Homilía de S.E.R. Luis Archrera Herrera,  
arzobispo de Guayaquil (Ecuador)*

VÁROSMAJORI JÉZUS SZÍVE-TEMLÓM



Queridos Hermanos:

Ante todo quisiera saludarles en nombre de varios sacerdotes y obispos que hemos venido de distintos lugares para participar en este Congreso Eucarístico. Estamos de México, de España, de Ecuador, entonces quería pues expresar este saludo de corazón para cada uno de ustedes. Hungría está siempre nuestro corazón, a través de una de las grandes santas que es muy conocida, muy querida, muy amada, y creo que en toda América Latina: Santa Isabel de Hungría. Una mujer que logró amar a Dios y al prójimo de una manera inseparable. Y es que el amor a Dios y el amor al prójimo es lo que nos une. Es lo que hay que descubrir que somos una familia. Es verdad que hay la diversidad de cultura, de historia, de lengua, pero hay un solo corazón que hace movido por el amor de Dios. De hecho el Evangelio nos recuerda aquella promesa del Antiguo Testamento, el Dios con nosotros, el Emmanuel. Un Dios cercano, un Dios que entra en nuestra historia, en nuestra historia personal, en nuestra historia familiar. Un Dios que viene a compartir nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestros sueños, nuestras aspiraciones. Ese es el Dios que en nosotros creemos. Ese Dios al que amamos. Él es el Dios por que vivimos y trabajamos. Pero toda esta maravilla, toda esta grandeza ha sido posible por la presencia de María. De hecho, Dios con nosotros llega a nuestra vida a través de ella, a través de María. Porque es en su vientre, en su seno, donde Dios se encarna, donde Dios se hace uno de nosotros. Más todavía, toma la naturaleza humana de María. Y por eso que María está unida a Jesús. De hecho, estos días que estamos reflexionando sobre la Eucaristía, hemos visto que al recibir a Jesús, es también recibir a María. Porque Jesús es verdadero Dios y es verdadero hombre. Y la humanidad, la naturaleza humana toma de María. En pocas palabras: el Dios con nosotros es posible por María. Y de aquí comprendemos mejor la importancia de esta fiesta, el nacimiento de María, porque con su

nacimiento, o más aún, con su concepción inmaculada, desde allí comienza una nueva era, una nueva etapa en la humanidad. Que etapa, que era, la era, la etapa de la gracia. La etapa de la bendición, la etapa de la salvación. Por eso que nos alegramos tanto al celebrar hoy la fiesta del nacimiento de María, como natividad que se llama. Yo sólo decir, en mi país, quien ama Jesús, ama María y quien ama María, ama Jesús. Son dos amores inseparables. Y eso lo que nos une a nosotros como pueblos de América Latina, pueblos también de otros países de Europa como Hungría. Eso es lo que nos permite experimentar el amor de ustedes podemos llegar a este templo. Con su mirada, con su sonrisa nos han hecho sentir en casa, en familia. Es el lenguaje de la sonrisa. Aunque la mascarilla nos tape, verdad? La mascarilla... Gracias hermanos, gracias por recibirnos, gracias por acogernos y gracias por celebrar junto con nosotros, o permitirnos, mejor dicho, celebrar con ustedes esta gran fiesta del nacimiento de María. Concluyo con esta frase: el Dios con nosotros es posible porque María así lo ha permitido. ¡Así sea!